



Racismo en Chile

La piel como marca de la inmigración

MARÍA EMILIA TIJOUX (Editora)



UNIVERSIDAD DE CHILE
VICERRECTORÍA DE
EXTENSIÓN
Y COMUNICACIONES



EDITORIAL UNIVERSITARIA

ESTUDIOS

Racismo en Chile

ESTUDIOS

305.00983

R121cRacismo en Chile. La piel como marca de la
inmigración
/ María Emilia Tijoux (editora). - 1ª reimpresión de
la 1ª ed. -
Santiago de Chile: Universitaria, 2016.
163 p.: il., tablas; 15,5 x 23 cm. - (Estudios)
Incluye bibliografías.

ISBN: 978-956-11-2502-5

ISBN Digital: 978-956-11-2758-6

1. Racismo - Chile.
 2. Inmigrantes - Chile.
 3. Inmigrantes - Chile - Condiciones sociales.
- I. Tijoux, María Emilia, ed.

© 2016. MARÍA EMILIA TIJOUX MERINO.
Inscripción N° 263.298. Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la
portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada,
sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias, sin permiso escrito
del editor.

Texto compuesto en tipografía *Palatino 11/13*

IMAGEN DE PORTADA
Trazos para una historia esclava
Christian DD Moreno - Motion, Design & Direction

DIAGRAMACIÓN
Yenny Isla Rodríguez

DISEÑO DE PORTADA
Norma Díaz San Martín

www.universitaria.cl

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

María Emilia Tijoux
(Editora)

*Racismo en Chile.
La piel como marca de la
inmigración*



UNIVERSIDAD DE CHILE
VICERRECTORÍA DE
EXTENSIÓN
Y COMUNICACIONES

 EDITORIAL
UNIVERSITARIA

*Dedicamos este libro a todas las personas inmigrantes que
en distintos tiempos
de nuestra historia han llegado a trabajar y a residir en
Chile*

*Yo no coloreé mi Continente
ni pinté verde a Brasil
amarillo Perú
roja Bolivia.
Yo no tracé líneas territoriales
separando al hermano del hermano.*

NICOMEDES SANTA CRUZ

ÍNDICE

Prólogo

Faride Zeran

Presentación

María Emilia Tijoux

Capítulo I

LA PRESENCIA DEL RACISMO EN CHILE: REGRESO DE LA “RAZA” E
INMIGRACIÓN COMO “PROBLEMA”

Raza y calidad de vida en el Reino de Chile. Antecedentes
coloniales de la discriminación. *Celia Cussen*

La inmigración como “problema” o el resurgir de la raza.

Racismo general, racismo cotidiano y su papel en la
conformación de la Nación. *Josefina Correa Téllez*

Racialización, ficción, animalización. *Iván Trujillo y María
Emilia Tijoux* La nacionalidad y color de piel en la

racialización del extranjero. Migrantes como buenos
trabajadores en el sector de la construcción. *Carolina
Stefoni*

Capítulo II

INMIGRANTES EN CHILE: LOS DERECHOS EN DISPUTA

La condición de migrante afrodescendiente como grupo sospechoso de discriminación. *Lorena Frías*

Inclusión y derechos en disputa. La experiencia del Movimiento Acción Migrante (MAM). *Fabiola Morales Ortiz*

Hacia una Política Nacional Migratoria. *Rodrigo Sandoval*

Violencias etnoraciales en el contexto de la inmigración “negra” en Santiago de Chile. *Juan Pablo Gutiérrez*

Capítulo III

ESPACIOS DE VIDA INMIGRANTE Y FRONTERAS DEL RACISMO

Barrios centrales emergentes y discriminación de los inmigrantes minorías visibles. Reflexiones a partir del Estudio de los comercios urbanos y la vida de barrio en Valparaíso, Santiago e Iquique. *Camilo Arriagada*

Experiencias de investigación, desafíos y limitaciones en el trabajo con inmigrantes y refugiados en la ciudad fronteriza de Arica. *Pamela Zapata*

Inmigrantes “negros” en la población Los Nogales de Estación Central. El preludio de un gueto. *Esteban Jiménez*

La reproducción de las desigualdades en el mundo del trabajo y en la escuela. El caso de los(as) hijos(as) de inmigrantes latinoamericanos(as) y caribeños(as) en el Sistema Educativo chileno. *Claudia Carrillo*

Capítulo IV

IMAGINARIOS CULTURALES DEL RACISMO: CONSTRUCCIONES Y PUBLICACIONES DE LA NEGRITUD

Racismo, inmigración y políticas culturales. La subordinación racializada de las comunidades inmigrantes como principio de construcción de la identidad chilena. *Simón Palominos*

Tres Negras Gracias. Comentarios sobre antropología, historia y fotografía. *Inés Molina Nave*

Racismo de clase y racismo de género: “mujer chilena”,
“mestizo blanquecino” y “negra colombiana” en la
ideología nacional chilena. *Jorge Pavez*

Negritudes extranjeras en Chile. Significaciones y
estereotipos sexo-genéricos en la interacción de
inmigrantes afrocaribeñas(os) con chilenos(as). *Camila
Belliard Quiroga*

Pordioseros del Caribe. Fragmentos de poesía. *Johan Mijail*

RECOMENDACIONES DE POLÍTICAS PÚBLICAS CONTRA EL
RACISMO EN CHILE

Agradecemos a la Vicerrectoría de Extensión y
Comunicaciones
de la Universidad de Chile que ha permitido la publicación
de este libro.

PRÓLOGO

FARIDE ZERAN¹

El 13 de noviembre de 1966, el filósofo e intelectual Bertrand Russell comenzaba el trabajo del Tribunal Internacional sobre Crímenes de Guerra, que luego sería conocido simplemente como Tribunal Russell, diciendo: “impida este Tribunal el crimen del silencio”.

Esas palabras resuenan hoy como una de las razones más poderosas para destacar la publicación de este libro, cuyo objetivo es sacar a la luz pública la dramática realidad que viven muchos inmigrantes en nuestro país a causa de la discriminación racista.

Para la Universidad de Chile callar cuando se conoce la injusticia y el despojo, así como lo entendía bien Russell, es otro crimen, y de peor naturaleza. La cobardía no cabe cuando en alguna parte del mundo se están violando derechos fundamentales y ocultando a personas y comunidades enteras debajo de la alfombra.

Ese es precisamente el valor de compartir las reflexiones que emanaron de cada una de las mesas de discusión del seminario “Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración”, el que da origen a este libro y donde participaron académicos, funcionarios de Estado y organizaciones de migrantes convocados por María Emilia Tijoux y su equipo de investigadores.

Se trata de aprovechar la posición privilegiada de nuestra Universidad, pluralista, laica y republicana, para hacer circular otros relatos y detallar con crudeza el despojo, sí, pero siempre anteponiendo la realidad, el

verdadero rostro de la discriminación que han sufrido los inmigrantes en nuestro país.

Y esa realidad, en Chile, lejos de los discursos políticamente correctos, es brutal.

Según datos de la Encuesta de Tolerancia y No Discriminación de la Universidad de Chile y la Encuesta de Derechos Humanos de 2013, realizada por el Instituto Nacional de Derechos Humanos, el 41,5% de los chilenos se identifica con la idea de que “Chile es un país más desarrollado que sus vecinos porque hay menos indígenas”.

Hay más. Según los mismos estudios, más del 30% de los santiaguinos está muy de acuerdo o totalmente de acuerdo con la afirmación que indica que “si se mezclan mucho los peruanos con los chilenos, la calidad de la gente de nuestro país se va a echar a perder”.

Se comprenderá que desde esas expresiones a los crímenes de odio hay sólo un paso.

Algunos casos de discriminación racista llaman más nuestra atención por lo macabro, como los incendios recurrentes en viviendas hacinadas y habitadas, en demasiadas ocasiones, por inmigrantes que buscan un nuevo destino en nuestro país. Lo mismo ocurrió con los insultos lanzados hacia un jugador de fútbol el año 2014. Sin embargo, en nuestro país la discriminación no es un fenómeno aislado.

Los 90, la década de la postdictadura, llega no sólo con la promesa de democracia y respeto a los ddhh, sino también con la de la inclusión.

Sin embargo, a poco andar, en el espacio de lo simbólico, en el iceberg que llevó Chile al stand de la Expo Sevilla en 1992 permanecía la misma impronta de siglos: la mole de hielo elegida para representar al país nos proyectaba en el espectro internacional como un país blanco, homogéneo, exitoso, sin raíces, heridas o pasado, y de espaldas a nuestros pueblos originarios.

Seguimos habitando el mismo discurso.

En Chile, aún hoy, la respuesta equivocada a las preguntas “de qué colegio vienes”, “dónde vives” o “dónde veraneaban tus papás” puede llevar a muchos a perder una posibilidad laboral o a verse privados de las provechosas redes sociales que otros disfrutaban.

¡La discriminación habita entre nosotros pegada a nuestra piel!

En este siglo 21 la migración mundial alcanza al 3% de la población, lo que en cifras significa que casi 175 millones de personas viven en un país distinto del que nacieron.

Pero no es la primera vez que el mundo vive procesos migratorios de esta envergadura.

En América, nuestros países, jóvenes y despoblados, vieron en las olas migratorias de fines del siglo XIX y comienzos del XX el aporte necesario para fortalecer económica y culturalmente las incipientes repúblicas que incluso asumían como política de Estado el traslado masivo de familias de colonos que, en el caso chileno, por ejemplo fueron traídos desde Alemania para poblar sus regiones más australes.

Se trataba de olas migratorias provenientes mayoritariamente de Europa, que eran recibidas sin la cuota de discriminación o racismo que enfrentaron otras como las del Medio Oriente: palestinos, sirios o libaneses que en un porcentaje importante se instalaron en Santiago, pero mayoritariamente en pequeños pueblos a lo largo de Chile.

Sin duda ese proceso es hoy recordado en los textos de historia como un positivo suceso del que nuestra sociedad salió fortalecida, al recibir los aportes de culturas muy antiguas que además traían aparejadas ideas de “sacrificio, tesón y desarrollo”, muy bien calificadas en una sociedad que estaba en formación.

Pero, en su momento, dicha migración no sólo no fue bien recibida, sino además permitió que aflorara lo peor del

racismo y la discriminación de la sociedad chilena de inicios del siglo xx.

Este desencuentro entre occidente y todo lo que provenga de oriente está muy bien sintetizado en el texto del intelectual palestino Edward Said, "Errores y Prejuicios", donde señala que "durante décadas América se ha enfrentado culturalmente con el Islam y los árabes. Las más terribles caricaturas racistas difundieron la idea de que son todos terroristas o jeques, y que la región es una inmensa y árida villa miseria donde sólo se puede lucrar o hacer la guerra. Nunca se aceptó que allí hay una historia, una cultura, una sociedad o, en realidad, muchas sociedades, y que pueden encontrarse interlocutores. Un flujo de libros triviales escritos por periodistas invadió el mercado difundiendo un puñado de estereotipos deshumanizantes".

Esto, que refleja la relación de occidente ayer y hoy con el mundo árabe, no es distinto a lo escrito por Benedicto Chuaqui en su clásico "Memorias de un Emigrante", en 1942, donde cuenta que "seguramente el instinto que hay en cada ser humano me hizo comprender, mucho antes de conocer el idioma, el sentido despectivo que aquí en Chile se ha dado a la palabra turco. La gente culta sabe demasiado que este es un prejuicio sin ninguna base. Y es probable que la impotencia en que me hallaba para explicar las cualidades de mi raza, me causaran indecible amargura al oír el tono con que los chilenos nos decían: es turco".

Como mujer chilena de origen palestino y sirio, es decir árabe, denominación de origen calificada hace poco por una comentarista internacional de nuestra televisión pública como una "etnia proclive a los fanatismos", conozco de primera fuente esta historia que suele llamarse muy convenientemente "inmigración" y que en este caso, bajo la falsa denominación de "turca" o "turcos", tiene el correlato racista y discriminador porque muy morena, porque muy crespita, muy oscura, porque "turca de mierda", porque sí.

Sin duda hoy la situación es muy distinta para esos palestinos, sirios o libaneses que llegaron a estas tierras. ¡Ya ha transcurrido más de un siglo de presencia árabe en Chile!

Pero esos comienzos de discriminación son también parte de las huellas que habitan nuestra piel y que se siguen plasmando en pieles de otros confines, de otros relatos, de otras guerras y miserias.

Ellas: las mías, las tuyas y las nuestras siguen siendo la marca de la inmigración.

1 Vicerrectora de Extensión y Comunicaciones. Premio Nacional de Periodismo 2007.

PRESENTACIÓN

MARÍA EMILIA TIJOUX

El libro que presentamos es resultado del seminario *Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración*, llevado a cabo por iniciativa del equipo de investigadores(as) del proyecto FONDECYT y la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile en abril de 2015 y en el cual participaron profesionales de las instituciones del Estado, académicos, estudiantes y asociaciones de inmigrantes que generosamente entregaron las ponencias que lo articulan. Lo que se leerá es fruto de distintas voces y contiene diversos puntos de vista, indispensables a la hora de reflexionar y debatir.

La investigación que sustenta el libro, los estudios que hemos realizado sobre la temática y los aportes de los autores que contribuyen, dan cuenta del interés, la complejidad y las consecuencias que tiene el arribo de las y los inmigrantes latinoamericanos(as) y caribeños(as) a Chile en las últimas décadas, fundamentalmente en lo que atañe a los encuentros con chilenos y chilenas. Desde fines de los noventa hombres, mujeres y niños han ingresado a nuestro país buscando el “sueño” que les abra las puertas al trabajo, la residencia y la estabilidad. Los chilenos los ven con recelo, con temor, a veces como “enemigos”, construyendo y reforzando así una idea y un sentimiento negativo contra sus presencias, no siempre explicables, pero latentes en prácticas, acciones y gestos que develan odios antiguos, retazos de guerras, historias de esclavitud no contadas y procesos políticos de nacionalización que hoy producen efecto en la estructuración de estas vidas.

En Chile la “inmigración” se construye como idea y se detiene en su uso solo en algunas personas, dejando de expresar su definición más amplia y constriñéndose para devenir un *estigma* que etiqueta a ciudadanos de países específicos (Perú, Bolivia, Colombia, República Dominicana, Ecuador, Haití), situándolos en las fronteras geográficas, espaciales y simbólicas que los desalojan de su ser social y cuestionan al Derecho y a sus derechos humanos. Sin recursos ni legitimidad política, señalados como extranjeros “específicos”, los inmigrantes canalizan las aprensiones provenientes de los problemas que vive gran parte de la sociedad chilena y se convierten en los culpables de “algo” que no han cometido, como sucede por ejemplo con la carencia o la precarización del empleo, los hechos delictivos, las enfermedades o los abandonos familiares. La “inmigración” como concepto, entonces, se sale de sí y se convierte en un “problema” que termina albergando al racismo.

El desconocimiento histórico, la incompreensión de una condición no buscada y el constante deseo de nación develan cómo la clase, la etnia, la “raza”, la nación y el género son marcadores que ayudan a examinar las distintas violencias -tanto las visibles como las simbólicas- derivadas de la fuerza contenida en la forma del par “ellos/nosotros”, que supone la existencia de seres “superiores e inferiores” y logra que regrese la vieja cuestión de las “razas inferiores” que armó las representaciones coloniales. Las sociedades contemporáneas, atravesadas por la fuerza de este inconsciente colonial que hace presente la ausencia de la colonia y del colonialismo, develan la paradoja del presente advirtiéndolo que mientras más las escenas coloniales parezcan alejarse en el tiempo, más su carácter traumático e imperecedero destila su violencia contra inmigrantes abandonados a la suerte de su explotación, su compra-venta, su trata, su tráfico o sus desplazamientos, sean estos regulares o irregulares. “Ellos(as)” son los

“enemigos” que cuestionan al “nosotros”, o sea, a los moralmente buenos. Se agrega la etnitización, una burda ficción política derivada de la instauración del Estado nacional, del mito del origen y de la “identidad” que produce al nacionalismo que se cruza problemáticamente con los “otros”, justificando la propia superioridad jerárquica. La nación entonces será quien determine una organización política y construya un potente sentimiento de pertenencia.

La “raza”, tan cuestionada en su aplicación a los seres humanos y cuya no existencia la UNESCO declaró en el año 1951, reaparece con la inmigración, principalmente cuando las políticas securitarias buscan proteger a las naciones mientras buscan “integrar” a los inmigrantes y a su descendencia a partir de instrumentos que apuntan a la normalización social. Como señalara Castel en *La discriminación negativa*, la raza regresa en quienes “pertenecen a una cultura inferior”, dejando claro que el criterio de la dominación es eminentemente social, lo que da un amplio marco de posibilidades a los nacionales para hacer sufrir, desdeñar, aplastar y castigar a estos inmigrantes. En este marco las mujeres inmigrantes son quienes sufren más violentamente la embestida de las discriminaciones raciales en razón de su soledad de llegada, su color de piel, su habla o su forma corporal, debiendo soportar humillaciones, insultos y sanciones de quienes las desprecian o las buscan como objetos de entretenimiento o de abuso sexual. El trabajo, principal objeto del viaje inmigrante hacia Chile, es precarizado al extremo y ofrecido al menor costo por parte de algunos empleadores que pueden llegar hasta la trata y el tráfico.

Hay mucho por reflexionar y por hacer, y son muchas las dudas y las aristas a examinar desde la investigación científica y varios los debates donde todos y todas tendríamos que participar, cuando se trata de políticas públicas que precisan pensarse en coherencia con aquella

humanidad que enfrente la violencia del racismo en todas sus formas, incluida la más tenue o la más familiar. Las preguntas son muchas y las respuestas aún deben ser buscadas: ¿Cómo y qué hacer en la sociedad chilena para propiciar la comprensión de las razones que empujan a personas de otros países a venir a vivir a este país? ¿Se trata de un problema de “diferencias” que se deben cautelar? ¿Acaso no sería necesario un trabajo reflexivo sobre nuestra misma historia y la producción del imaginario nacional? Y, ¿qué hacer ante los hechos de violencia que actualmente se desencadenan? ¿Cuál es el rol de los derechos? ¿De los medios de comunicación, de las ciencias humanas y sociales, de la investigación científica? Más aún, ¿cuál es nuestro rol cuando se trata de enfrentar las violencias de corte racista contra las personas? ¿Cómo hacerse cargo no solo de la descripción y cuantificación de interacciones particulares, sino de la cuestión de la *emancipación* respecto de estructuras lógicas, imaginarias e institucionales que articulan los hábitos de la violencia y la clausura del horizonte de lo común?

Para facilitar la lectura el libro se ha compuesto dividido en cuatro capítulos. El primero: *Presencia del racismo en Chile: regreso de la “raza” e inmigración como “problema”*, da cuenta del trabajo de *Celia Cussen*, quien historiza las percepciones chilenas sobre los orígenes africanos, para mirar la historia desde la distancia que nos separa de la abolición de la esclavitud, aquella “desgracia española”, cuya huella hoy revive. El texto de *Josefina Correa* aborda el lazo entre inmigración y racismo tensionando la figura del “inmigrante” para advertir sobre la existencia de un racismo contemporáneo proveniente de discursos y prácticas coloniales y estatal-nacionales, que buscan un ideal de blancura a partir de la jerarquización de ciertos grupos sociales. El artículo de *Iván Trujillo* y *María Emilia Tijoux* devela el modo en que la ficción racista opera en la construcción del pueblo y en las fronteras del Estado-

Nación moderno que, en tanto ficción racial y animalización se unen a propósito de la soberanía para operar la diferencia que desaloja al inmigrante de lo chileno. Y el trabajo de *Carolina Stefoni* analiza la construcción racializada del migrante, atándola al proceso de precarización y terciarización del trabajo en Chile a través de los conceptos de “raza”, extranjería y nacionalidad.

El segundo capítulo: *Inmigrantes en Chile: los derechos en disputa*, se inicia con el artículo de *Lorena Fries*, quien desde el Instituto de Derechos Humanos destaca la importancia del debate planteado para la población migrante y el impacto que tiene en el diseño de las políticas públicas, señalando que se han constatado actos racistas. El llamado es a reactivar el debate parlamentario para un reconocimiento de las personas afrodescendientes. *Fabiola Morales Ortiz*, en representación del Movimiento de Acción Migrante (mam), un movimiento que fiscaliza y exige la inclusión, explica el significado que tiene ser inmigrante en Chile y da cuenta de los desafíos que tendrá la nueva Ley migratoria. *Rodrigo Sandoval*, del Departamento de Extranjería y Migración del Ministerio del Interior y Seguridad Pública, enfatiza en la necesidad de modernizar la institucionalidad migratoria para una inclusión efectiva. Finalmente *Juan Pablo Gutiérrez Mangini* examina la violencia racista, entregando un panorama de los principales hechos violentos que se producen contra los inmigrantes que revisa desde las categorías seguridad ciudadana, racismo de Estado y lógicas de constitución del conflicto social.

El tercer capítulo: *Espacios de vida inmigrante y fronteras del racismo* se inicia con el artículo de *Camilo Arriagada* sobre barrios emergentes y discriminación de los inmigrantes, para develar posibles factores intraclase y pautas dominantes de segregación, y la rigidez social interclases, propias de la sociedad urbana chilena. *Pamela Zapata* presenta experiencias migratorias de colombianos y

colombianas en Arica, mostrando las complejas y múltiples dificultades que tienen para residir y relacionarse con los nacionales en esa ciudad. *Esteban Jiménez* entrega elementos para la reflexión sobre la posible configuración de un gueto de inmigrantes en la Población Los Nogales, a partir de las dimensiones de uniformidad racial y cultural, fronteras definidas y aspectos institucionales. *Claudia Carrillo* aborda la reproducción de las desigualdades en el mundo del trabajo y sus repercusiones en la educación de los hijos e hijas de inmigrantes en las escuelas chilenas.

El cuarto capítulo: *Imaginario y huellas culturales del racismo: construcciones y publicaciones de la negritud*, lo inicia *Simón Palominos*, quien propone identificar la instalación de principios racistas en las políticas culturales del Estado chileno, explorando en la construcción de la identidad nacional y su aplicación en los dispositivos de recepción de los inmigrantes. Los comentarios de *Inés Molina Nave* dan cuenta de cómo en negro confluyen y se sincronizan disciplinas, objetos y discursos comúnmente visualizados como independientes y defendidos como autosuficientes. Constatando la feminización de la migración afrodescendiente, su visibilidad en el mercado del sexo regional y el racismo sufrido por las inmigrantes en el norte de Chile, *Jorge Pavez* recorre ideologías raciales y considera el lugar que en ellas ocupa la “raza negra”. *Camila Belliard Quiroga* indaga en las significaciones de las y los inmigrantes “negros” que surgen de las interacciones cotidianas para acceder a las descripciones de la sexualidad y las relaciones de género del “otro” inmigrante y del “mismo” chileno. Por último, el poeta dominicano *Johan Mijail* expresa la dificultad de ser inmigrante “negro” en Chile.

CAPÍTULO I

LA PRESENCIA DE RACISMO EN CHILE: REGRESO
DE LA "RAZA" E INMIGRACIÓN COMO "PROBLEMA"

RAZA Y CALIDAD DEL VIDA EN EL REINO DE CHILE. ANTECEDENTES COLONIALES DE LA DISCRIMINACIÓN

CELIA CUSSEN¹

Resumen

Este artículo busca historizar las percepciones chilenas hacia orígenes africanos. Se plantea que las circunstancias coloniales propias de Chile moldearon formas locales de discriminación, y que más que el concepto de “raza”, el estatus de una persona estaba basado en la percepción de características que incluían el honor, la condición económica, la legitimidad, el entorno social, además de los marcadores fenotípicos de los orígenes ancestrales.

Palabras clave: discriminación, raza, Historia colonial de Chile.

Abstract

This article seeks to historicize the outlook towards African ancestry in Chile. It argues that during the colonial period particular circumstances molded local forms of discrimination, and that rather than a concept of “race,” the status of an individual was forged through the combination of traits that included honor, economic condition, legitimacy, social connections and phenotypically markers of ancestry.

Key words: discrimination, racism, Colonial history of Chile.

En un lapso de 350 años doce millones de hombres, mujeres y niños fueron capturados en innumerables localidades al interior del continente africano y transportados a la fuerza hasta América. Continuamente, durante los siglos XVI y XVII, barcos cargados con cientos de inmigrantes forzados -conocidos como "piezas de India"- atracaron en Cartagena de Indias, luego de pasar cincuenta días navegando por el Atlántico y el Caribe. Desde ahí algunos contingentes de esclavos fueron trasladados a Panamá y luego por tierra o por mar hacia Lima, capital del Virreinato del Perú². Quienes seguían su camino a Chile navegaban contra la corriente de Humboldt hasta llegar finalmente a Valparaíso, después de siete meses de perder de vista la costa del continente de sus antepasados. Ya en el siglo XVIII la ruta al Reino de Chile era más directa pero no por eso menos dura: luego de cruzar el Atlántico y eventualmente hacer escala en Río de Janeiro para subir o bajar mercadería humana, los barcos negreros seguían su ruta hacia Buenos Aires o Montevideo. Era común que uno u otro interesado chileno se hiciera presente entre el público expectante en los remates de esclavos. Hecha la inversión en la mercadería humana, subían sus esclavos a carretas rumbo a Mendoza, desde donde cruzarían los Andes a pie o a lomo de mula por el paso Uspallata (Grandin 2014, 119-122). El trayecto de Mendoza a Santiago era conocido por el pavor que provocaba en todo viajero. Para los hombres y mujeres de esta primera diáspora africana la angustia se intensificaba con la cercanía del último tramo de un largo periplo, que invertía sus historias de vida y le llevaba inexorablemente hacia un futuro de trabajo interminable y la sumisión a un amo.

De esta forma los africanos hablantes de wolof, congo, mandinga y muchos otros idiomas de los tres grandes

grupos lingüísticos de África, perdieron sus lazos de parentesco y comunitarios de sus lugares de origen y se vieron obligados a reconstruir sus vidas e identidades, de acuerdo con nuevos parámetros construidos en el Nuevo Mundo. Los misioneros católicos que los esperaban en los puertos de llegada los bautizaron con nombres cristianos y les hablaron de su pertenencia a una “nación” africana, a partir de denominaciones construidas con base en el punto de su embarcación o bien en una supuesta zona de origen. Los rótulos “congo”, “mandinga”, “angolo”, y “carabalí” entre muchos, por extraños que hayan sido en un primer momento para los cautivos, llegaron a ser usados universalmente en las colonias, incluso a la larga por los mismos esclavos y sus descendientes. Pero surgieron otros marcadores: los párrocos, notarios y oficiales reales se referían a los africanos como “bozales”, “morenos”, “negros” y “pardos”, y sus hijos de orígenes mezclados fueron denominados “mulatos”, “mulatillos”, “cuarterones”, “zambos” y “zambaigos”. El Nuevo Mundo había inventado incontables maneras de nombrar al africano y a sus descendientes, pero ninguna se reducía a una simple condición de “raza” o color de piel. La idea de una “raza” negra no estaba presente en los primeros siglos de la esclavitud americana y solo se instalaría en el imaginario colectivo con gran fuerza cuando los antiguos reinos de ultramar ya eran Repúblicas independientes.

Para nosotros, quienes miramos esta historia a una distancia de casi 200 años desde la abolición de la esclavitud en Chile en el año 1823, es difícil imaginar las dimensiones y los costos del desarraigo y el sometimiento a las necesidades, deseos y caprichos de sus amos. Es igualmente difícil entender la naturalidad con la cual la sociedad de aquel entonces aceptaba esa institución. ¿Cómo apreciar sus experiencias, sus posibilidades de superar la condición de esclavo y las variantes de la discriminación que enfrentaban? Si aceptamos la premisa

de que “la raza” es solo una idea y no un hecho, y que la discriminación y el racismo tienen una historia propia que responde a condiciones particulares de diversos lugares y momentos, entonces surgen las preguntas: ¿cómo se configuró durante 300 años la manera en que los habitantes de esta franja del continente concebían a las personas traídas en cadenas desde el continente africano y a su descendencia? Y la experiencia pretérita ¿ofrece solo ejemplos denunciados o existen además indicios de tolerancia y huellas de inclusión? La pregunta se hace particularmente pertinente a la luz del movimiento migratorio actual de muchos africanos hacia otros continentes, incluyendo América, y de una migración transcontinental de afrodescendientes desde Colombia y el Caribe hacia nuevos destinos, como Chile. Al momento de dimensionar esta segunda diáspora contemporánea de afrodescendientes es pertinente repasar la historia de la primera inmigración africana en Chile, una parte de nuestro pasado poco reconocido pero de gran relevancia, a nuestro juicio. Una mirada a las variadas interacciones de los “españoles” de la época colonial y los “chilenos” de la República con la población de color puede dar pistas sobre la situación actual y las formas de discriminación e integración históricas de los afrodescendientes con el resto de la sociedad.

En lo que sigue se plantea que la historia de las actitudes y percepciones hacia los inmigrantes africanos en los territorios del imperio español varían desde una valorización de sus capacidades hasta una descalificación de las cualidades morales que supuestamente portaban. A pesar de que las representaciones de los afrodescendientes eran siempre bastante ambivalentes, se percibe un cierto desplazamiento general desde una relativa tolerancia y aprecio por los africanos, hasta un marcado recelo por sus descendientes. En términos generales, en los primeros siglos de la Colonia los esclavos de orígenes africanos que

ingeniaban rutas hacia la libertad podían encontrarse después con formas de integración social, cierta prosperidad y hasta modestas cuotas de prestigio. En una época posterior recrudesció un sistema de clasificaciones y la sangre negra pasó a presentar una limitante que los afrodescendientes difícilmente superaron. El origen africano llegó a ser una suerte de mancha prácticamente imborrable. Algunas de estas barreras eran informales pero palpables en prácticas de la vida diaria; otras estaban explicitadas por decreto real. Sin embargo, y como se pretende mostrar al término de este ensayo, no existen pruebas contundentes de que en Chile se experimentara con fuerza ese recrudescimiento respecto a las posibilidades de ascenso social de los afrodescendientes. Al contrario, hay indicios sobre la apertura social relativa que caracterizaba a América en la primera época colonial, que perduró en Chile hasta la Independencia, e incluso la ausencia de un recelo mayor hacia la población de color explicaría por qué la abolición de la esclavitud se produjo en 1823, décadas antes que en otras ex colonias españolas, tales como Perú (1854), Argentina (1853) y Colombia (1851).

La desgracia de la esclavitud en la tradición española

Los europeos “descubrieron” las posibilidades de comercio con África en el siglo xv. Su interés por los intercambios comerciales, sobre todo de esclavos, creció en la medida que perecía la población indígena del Nuevo Mundo, diezmada por las epidemias y la sobrexplotación. Su apetito por la mano de obra africana aumentó también con el desarrollo de la demanda europea por los productos de plantación: café, algodón, tabaco y azúcar. Durante mucho tiempo los portugueses controlaron el tráfico atlántico y, a

través de ellos, los españoles recibieron a los inmigrantes de color para que trabajaran en las casas, las minas y las plantaciones del extenso territorio controlado por los Habsburgo.

Desde aquel periodo, y hasta mediados del siglo XVIII, las cualidades morales de los esclavos africanos y de sus descendientes fueron entendidas y representadas por los europeos desde una mirada ambivalente que asociaba el color negro de sus cuerpos con el pecado, la suciedad y la muerte, pero que a la vez concebía que los africanos tenían la capacidad de integrarse plenamente en la comunidad católica, incluso de forma ejemplar. La introducción y el abrazo a la verdadera fe se comparaban con la transformación del carbón a luz, una metáfora que quedaba plasmada en las imágenes del peruano Martín de Porres y el “moro” Benito de Palermo (Stoichita 2010; Cussen 2014).

Esta mirada ambivalente se encuentra expresada también en el cuerpo de leyes del siglo XIII conocido como Las Siete Partidas, el cual expresaba dos visiones que tuvieron implicancias profundas para la población afro en América: primero, la condición de siervo fue entendida como una desgracia que no alteraba la naturaleza humana, postura que desconocía el concepto aristotélico de esclavo natural. Y segundo, los padres transmitían sus cualidades morales a su descendencia. Esta creencia daba sustento al concepto de “limpieza de sangre” que postulaba que cualquiera con antepasados infieles (moros, judíos o herejes), que naciera ilegítimo o que ejerciera un oficio mecánico que no pedía mayores estudios (“vil”), quedaba excluido tajantemente de los estratos más altos de la sociedad. Tanto los cargos del aparato estatal, como el clero, la educación universitaria y los oficios que implicaban un manejo de minerales finos, quedaban fuera del alcance de los que no podían comprobar que descendían de “cristianos viejos”. De ahí que los esclavos y sus descendientes en el mundo colonial –en parte por su

presunto origen ilegítimo o asociación con el islam, en parte por su ingreso a las artes mecánicas-, estaban condenados a los grupos bajos o medios de la sociedad, apartados de la oportunidad de acceder a las profesiones, el sacerdocio, los cargos administrativos o los lazos matrimoniales con las familias encumbradas. No obstante, sería impreciso, si no anacrónico, hablar de un prejuicio basado en la “raza” en esta época, dado que, como hemos visto, la primera forma de discriminación que los afrolatinos sufrieron derivaba no tanto del color de su piel ni de sus orígenes, sino también de una cercanía incómoda a las ocupaciones manuales, la informalidad de sus uniones de pareja, y su ancestral lejanía de la ortodoxia católica.

El énfasis español en la limpieza de sangre fue la base de la discriminación adoptada por las sociedades coloniales como consecuencia de las realidades del Nuevo Mundo. En América española se desarrolló el sistema de castas, como una respuesta sociocultural a las mezclas entre individuos con raíces ancestrales en África, Europa y América. Los términos que se aplicaban a las personas híbridas variaban de forma y connotación según el lugar y el contexto, tanto así, que los historiadores seguimos intentando captar las sutilezas de posicionamiento social entre “morisco” y “cuarterón”, “pardo” y “zambaigo”. Los grupos abigarrados, que ya escapaban a las categorías nítidas, llegarían a formar parte de la plebe; tal como plantea Carmen Bernand, fue “desprovist[a] de raíces étnicas pero portador[a] de una identidad colectiva” (Bernand 2001, 25). En este contexto, de mayor importancia para describir y discriminar entre individuos fue el enjambre de conceptos tales como “calidad”, “condición”, “nación” o el comportamiento que daba cuenta de su “honra” y “honor” (Undurraga 2014). Algunos de estos términos, “casta” y “calidad” en particular, tenían relación con el fenotipo o con el color de la piel. Pero de mayor importancia fue el aprecio social basado en la autoridad y la reputación de